

UNA MAGICA NOCHE DE MAYO



A mis diecisiete años mis preocupaciones eran distintas a los de la mayoría de la gente de mi edad, mientras para ellos la principal de sus ambiciones la ocupaban en la búsqueda de contactos con el sexo opuesto yo tenía la mente en mis estudios y el tiempo libre en mis aficiones deportivas y en mis amigos, la relación con las chicas quedaba en último lugar.

No me mal interpretéis, no es que no me interesaran, he dicho que no ocupaban un lugar preferente, o sea que si tenía que elegir entre participar en un evento deportivo, una excursión con mis amigos o una cita femenina esta última sería la elección con menos probabilidades.

El motivo estaba bien claro, yo tenía asumido que la amistad era para toda la vida y para todas las ocasiones y que una buena preparación deportiva requiera la máxima dedicación y en estos dos terrenos las limitaciones de las chicas eran un impedimento, siempre tenían que regresar pronto a casa y la práctica del deporte femenino era muy restringido

La otra alternativa era considerarlas como compañía, pero si era para juegos el campo era muy limitado y como compañera, aunque indiscutiblemente lo pasaba muy bien en las reuniones mixtas y me encantaba pasear y platicar con ellas, nada de lo conocido hasta entonces llenaba el hueco que yo tenía reservado para la persona que debía compartir conmigo gran parte de mi existencia.

Tampoco se trata de que siempre me tocara “**bailar con la más fea**” todo lo contrario, con un metro y ochenta centímetros de estatura, un cuerpo estilizado por el deporte y un físico varonil casi siempre podía elegir pareja.

Pero posiblemente me encontraba fuertemente influenciado por el hecho de mi afición a las películas de **Disney** y muy posiblemente de forma inconsciente estaba esperando que de un momento a otro apareciera mi Bella Durmiente, Cenicienta, Blanca Nieves, Sherazade o cualquiera otra princesa de la pantalla.

No lo sé..., A mi edad todos los sueños entraban dentro de las ilusiones de futuro y por eso todo lo conocido hasta ahora, aunque me gustara, no me llenaba por completo..., Seguía esperando.

Una noche del mes de Mayo, víspera de un festivo sin eventos deportivos ni excursiones en las que tuviera que participar, me apeteció dar una vuelta después de cenar por el paseo marítimo junto al cual vivía.

Al llegar junto a las rocas del rompeolas me apoyé en el pretil y me puse a contemplar el cielo sin luna en una noche plagada de estrellas.

La ausencia de la luz de la luna confería al cielo un extraño aspecto mezcla entre tenebroso y espectacular con millones de luces parpadeantes que apenas si dejaban espacio libre para la negrura del firmamento.

Embelesado por la hermosura del momento no me di cuenta de que cerca de mi una pareja de jóvenes se arrullaba sentada en el pretil y cuando los descubrí sentí envidia de aquel individuo que había tenido la suerte de encontrar a la persona adecuada para gozar de esos maravillosos momentos.

Aparte mi vista de la pareja y seguí contemplado el incesante parpadeo de las estrellas, pero minutos más tarde no pude resistir la tentación de volver a contemplar la romántica escena y cuando volví la cabeza ya no había nadie.

Me quedé observando un momento y vi algo sobre el pretil en el lugar que antes ocupaba la pareja, me acerqué lentamente y comprobé que se trataba de una cajetilla de tabaco rubio americano con algunos cigarrillos y una caja de cerillas con inscripciones en inglés lo que me hizo pensar que se trataba de turistas.

Alcé la vista y busqué en todas direcciones pero a esas horas el paseo marítimo estaba desierto en todo lo que alcanzaba la vista.

Me senté en el pretil y me puse a curiosear en ambas cajetillas, la de cigarrillos aunque de marca americana era conocida pero la de cerillas era de lo más original pues aparte de ser más grande que las españolas estaba llena de anuncios.

Por aquel entonces, aunque solo en las noches en que me quedaba estudiando, yo fumaba algún que otro pitillo por lo que ya que no parecía que su dueño iba a regresar a por ellos decidí encender uno de ellos y consumirlo mientras sentado miraba hacia el mar contemplado el suave batir de las olas en la pequeña playa que tenía frente a mí.

Tomé uno de ellos puse la boquilla en mis labios y cogiendo una de aquellas extrañas cerillas la encendí y me quedé mirando aquella llama de color rojo intenso antes de acercarla al extremo del cigarrillo.

Después de la primera calada apagué la cerilla y la tiré entre las rocas y mientras fumaba inadvertidamente di la vuelta a la caja de cerillas que aun conservaba en la mano escudriñando sus dibujos.

Entonces me di cuenta que en su parte posterior había una inscripción.

En principio no le presté mayor atención entre otras cosas porque estaba escrita en idioma Inglés, pero poco después como no tenía otra cosa que hacer volví a observar aquella nota y con los conocimientos del idioma aprendidos en el colegio conseguí descifrar parte de su contenido.

Y aunque en principio hubo una frase de la inscripción cuyo contenido no logré traducir porque mis conocimientos del Inglés eran bastante rudimentarios el resto avisaba poco más o menos del peligro de no apagarlas correctamente.

¡ATENCIÓN!

**Estas cerillas son especiales y de larga duración,
-----, por lo
que le rogamos que cuando acabe de usarlas las
apague totalmente y las deposite en lugar seguro.**

Me quedé pensativo porque en la primera impresión no alcancé a comprender que podría significar en el sentido total del contexto la parte que no había podido traducir, pero tampoco puse mayor empeño en ello posiblemente porque al ver que tan solo se trataba de una advertencia no despertó en mí ningún interés.

Seguí con la contemplación de aquel maravilloso espectáculo celeste sin darme cuenta de cómo pasaba el tiempo hasta que en un momento determinado vino a mí nuevamente el gusanillo de la curiosidad y de nuevo me fijé en el dorso de la caja de cerillas.

Después de fijarme una y otra vez en aquella frase conseguí hacerme con la traducción correcta.

“Pero no son tan mágicas como las del cuento”

Fue entonces cuando comprendí que se refería a aquel cuento en que una pobre niña hacía realidad sus sueños con la llama de unas cerillas mágicas.

Durante largo rato estuve dándole vueltas y más vueltas a mi imaginación y en verdad que no encuentro una explicación razonable para mi comportamiento pero lo cierto es que abrí la caja, tomé una cerilla y rasqué su extremo contra la piedra del potrillo con un gesto involuntario.

Cuando la llama prendió totalmente la coloque frente a mi cara, entorne los ojos y dejé volar mi imaginación.

La oscuridad del cielo desapareció dando paso a una radiante mañana y en la playa una figura con un bañador como único atuendo sobre la roca desde la que yo acostumbraba a saltar al agua para mis ejercicios de natación.

Acto seguido se sumergió en el mar y empezó a nadar mar adentro vigorosamente hasta que después de un largo tramo paró como tomando un respiro y volviéndose de espaldas nadó hacia la playa.

Cuando llegó a la orilla me di cuenta de que era yo mismo el protagonista de la aventura de mi imaginación.

Me senté en la playa esperando que los rayos del sol secaran mi cuerpo cuando vi a otra figura bajar por las rocas al otro extremo de la pequeña playa.

Era evidente que era una mujer por su atuendo pero totalmente imposible de definir, vestía una camisa india que le cubría desde los hombros hasta por encima de la rodilla, unas enormes gafas de los le tapaban la mitad del rostro y su pelo lo llevaba recogido bajo un pañuelo de vivos colores anudado en la barbilla y cuyo extremo sujetaba con la boca.

Sobre su hombro derecho colgaba un bolso que sujetaba con la mano ala altura de la cintura y que seguramente contendría toda esa serie de artilugios que suelen llevar las mujeres pero que casi nunca utilizan.

Y por fin su antebrazo izquierdo servía de apoyo a la toalla de baño que con elegancia

y movimientos delicados depositó sobre la arena.

En estas circunstancias lo mismo podría tratarse de una jovencita de quince años que de una señora de cuarenta o cincuenta.

Para más INRI cuando empezó a prepararse me dio la espalda mientras se quitaba las gafas de sol metiéndolas en el bolso que depositó sobre la toalla y a continuación cogió la camisa india por el borde inferior con ambas manos con la intención de despojarse de ella sacándola por la cabeza.

Pero en ese momento sentí un escozor en mis dedos pulgar e índice de mi mano derecha que me hicieron volver rápidamente a la realidad ya que estaba a punto de quemármelos con la cerilla que estaba presta a consumirse en su totalidad.

Mi reacción fue espontánea buscando otra cerilla pero en mi precipitación me olvidé de que la caja estaba boca abajo tal y como la tenía mientras descifraba la inscripción y todo su contenido fue al suelo.

Lo normal hubiese sido coger una sola cerilla y encenderla para continuar con mi alucinación en el mismo momento en el que la había dejado, pero mi sentido del orden en la vida cotidiana me traicionó y lo primero que hice fue recoger todas las cerillas del suelo y guardarlas en su caja.

Entonces comprendí que había perdido un tiempo precioso y cuando después de encender otra cerilla volví con mi imaginación a la playa de nuevo comprobé que sobre la toalla solo estaba el bolso, la camisa y el pañuelo pero la persona que tan celosamente escondía su personalidad se había esfumado.

Me senté en la orilla con los pies en el mismo límite donde las débiles olas depositaban su espuma y esperé alguna señal con la mirada fija en el mar.

Por fin después de unos minutos apareció por detrás de las rocas del rompeolas un bañista que avanzaba hacia la orilla braceando un gracioso y particular estilo de natación que enseguida identifiqué como femenino.

Cuando estuvo cerca de mí dejó de nadar y se incorporó, sin prestarme atención empezó a acicalarse mientras iba saliendo del agua, llevaba gafas de bucear y un gorro de baño jalonado de adornos florales.

Con el agua por las rodillas se paró y con la mirada fija en el agua se quitó las gafas y el gorro, y levantó la cabeza sacudiéndola como queriendo desenredar el pelo que tenía recogido bajo él.

Una cascada de hilos de oro cayeron sobre sus hombros y al mirar hacia mí sus claros ojos se confundieron con el verde del mar Mediterráneo.

Mientras seguía avanzando iba componiendo su figura y retocándose los bordes del bañador y yo sentí la misma sensación que en la antigüedad embriagó a poetas pintores y escultores al inmortalizar la imagen de Venus mientras emergía de entre las aguas del mar.

Tal era mi estado que esta vez no noté el calor de la llama al consumirse y me quemé las yemas de los dedos.

Volví a la realidad con un intenso dolor en las puntas de los dedos índice y pulgar de mi mano hasta el punto que me apresuré a buscar agua en algún hueco de las rocas

para mitigar el intenso dolor.

Después de aliviar el dolor sumergiendo los dedos en un pequeño charco de agua almacenado en una gran roca volví a coger la caja de cerillas con la intención de averiguar algo más sobre mi bella desconocida.

Esta vez encendí la tercera cerilla con la mano izquierda y tardé algo más en concentrarme por culpa del dolor de las quemaduras por eso cuando volví a la playa la Venus de mis sueños se estaba secando y la enorme toalla cubría casi toda su esbelta figura.

Esperé impaciente a que terminara de secarse para volver a contemplar aquel espléndido cuerpo y mientras tanto un involuntario golpe de tos acudió en mi ayuda y realizó el milagro, ella se volvió hacia mí permitiéndome contemplar su rostro con detenimiento.

Era realmente muy bella y su sonrisa inocente superaba con creces a la de todas las protagonistas de los cuentos de Disney.

Estaba decidido a acercarme a ella cuando alguien tocó mi hombro y me rompió el encanto de mis sueños.

Era un hombre joven de aspecto extranjero que con su Castellano macarrónico me dijo con mucha educación.

“Pog favog los cigaguilos y las ceguilas son de mi yo dejado olvido antes”

Y sin esperar contestación cogió la cajetilla de tabaco y luego extendió la mano con la palma hacia arriba a la espera de que yo le entregara las cerillas.

Me quedé algo confuso pero reaccioné enseguida, sabía que si le entrega las cerillas ya no volvería a ver a mi princesa y por eso me hice el despistado mientras manipulaba la caja boca a bajo tratando de que algunas cayesen al suelo lejos de la vista del extranjero amparándome en la oscuridad de la noche.

“Las ceguillas póg favor”, repitió el joven pensando que no le había entendido.

Hice un gesto como de comprensión y le entregué la caja después de cerrarla.

El joven la cogió sin comprobar nada y volvió con su pareja para alejarse y perderse en la lejanía.

Entonces rápidamente bajé del pretil y busqué entre las piedras. No sé cuántas cerillas cayeron al suelo pero cuando encontré la primera la encendí y me apresuré a volver a mi playa.

La desilusión fue total..., Estaba totalmente desierta..., Me sentí muy mal y me senté sobre la arena donde pasé un buen rato maldiciendo el interés del extranjero por unos pocos cigarrillos, de pronto reaccioné y levantándome como impulsado por un resorte subí al paseo saltando de roca en roca con la esperanza de ver hacia donde se dirigía.

Entonces vi una figura que se alejaba de allí montada en una bicicleta y antes de que pudiese tomar ninguna decisión el calor de la llama me obligó a soltar la cerilla, no quería que los dedos de mi mano izquierda corrieran la misma suerte que los de la derecha.

De la misma volví a rebuscar en el suelo y a pesar de la oscuridad después de un rato revolviendo piedras y arena encontré otra cerilla.

Instintivamente hice un gesto automático para encenderla..., No se lo que pasó por mi subconsciente porque instintivamente me contuve..., Algo en mi interior me decía que si seguía mi sueño, hasta ahora feliz, podría truncarse.

Ahora estaba seguro que podía confiar en el futuro y esperar a que un día apareciera en mi vida esa persona con la que yo esperaba compartir gran parte de mi existencia.

Tenia razones sobradas para ello porque los acontecimientos de esta noche, aunque imaginarios, pertenecían a un sexto sentido que me permitía anticiparme a ciertos acontecimientos y que hasta la fecha nunca me había fallado.

No sabía en que donde, ni como, ni cuando pero estaba seguro que una hermosa noche del mes de Mayo encontraría nuevamente a la Venus de mis sueños.

DEDICATORIA

A mi amigo y compañero de deportes Pablo, al que toda la cuadrilla teníamos como rarillo por el poco caso que hacía de las chicas y que pasados cuatro años un buen día nos sorprendió presentándonos a su prometida, una preciosa rubia de ojos verdes, pero no estoy seguro que fuera la de sus sueños porque la conoció una mañana de Agosto paseando por el parque.